

# Poesía y juego

*Juan José Arreola y la Casa del Lago*

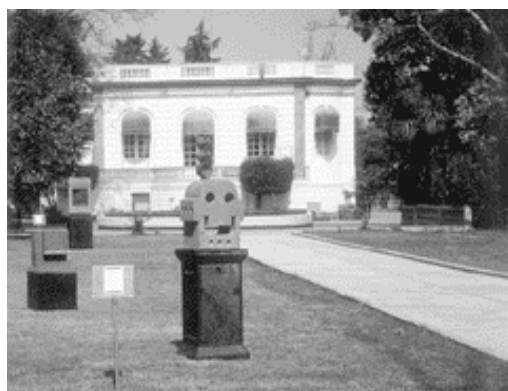
Homero Aridjis

*Los años de ajedrez y poesía al aire libre de la Casa del Lago, cuando Juan José Arreola, con la misma pasión que escribía un cuento organizaba torneos de ajedrez y veladas literarias, quedaron grabados en la memoria y el recuerdo de aquellos que tuvieron la suerte de vivirlos. El escritor Homero Aridjis evoca esa época, de la que fue testigo y protagonista a la vez, hoy que en el recinto universitario en el Bosque de Chapultepec se recuperará su lúdico pasado.*

Asediado por angustias cotidianas y visitas de acreedores en su departamento de Río Elba, en 1958 Juan José Arreola fue designado director de la Casa del Lago en el Bosque de Chapultepec, cuya sede era una mansión porfiriana que pertenecía a la Universidad Nacional Autónoma de México. “Cuando recibí formalmente las instalaciones de la Casa, hice un primer recorrido y todo era desolación, me costó trabajo entrar a los sótanos, donde los antiguos moradores dejaron abandonados a su suerte restos de un antiguo laboratorio de biología. Todo aquel siniestro lugar olía a formol, y grandes frascos de vidrio guardaban criaturas de formas extrañas, conservadas en sustancias de colores azules, verdes y amarillos. Esos seres monstruosos tenían muchos años de estar allí, entre fierros enmohecidos y telarañas. Aquello parecía un museo del horror”, recordaba el mismo Arreola en *El último juglar*, Memorias de Juan José Arreola (Orso Arreola, 1998).

Pero el escritor de *Varia invención* y *Confabulario* rápidamente cambió el estado de las instalaciones que recibía y convirtió la casa en un centro de poesía y

juego. Para lograrlo, desmontó un club de ajedrez que tenía en la calle de Varsovia y se llevó mesas, sillas y juegos a los cuartos y jardines de la casa. Estableció un grupo de poesía coral, que daba recitales al aire libre y en el salón principal. Así que pronto los fieles de la Casa del Lago escucharon los poemas de Federico García Lorca, Pablo Neruda, César Vallejo, Rafael Alberti,



Exposición escultórica de Mario Rendón en el Corredor del Arte



Lectura de poesía con Gastón Melo, Juan José Gurrula, Juan José Arreola, Eduardo Lizalde y Luis Antonio Camargo

Francisco de Quevedo, Gonzalo de Berceo, Ramón López Velarde, Carlos Pellicer, Xavier Villaurrutia y otros. En seguida, organizó talleres y torneos de ajedrez con los mejores ajedrecistas nacionales. No sólo eso, también trasladó a los amigos ajedrecistas que frecuentábamos cada tarde su departamento de la colonia Cuauhtémoc. De manera que entre movimiento y movimiento de piezas se hablaba de literatura o se recitaban versos de memoria, el poema que un jugador iniciaba lo continuaba otro. Sin embargo, con rostro serio, Arreola un día me dijo: México ya tiene demasiados escritores, lo que necesita es un gran maestro de ajedrez, dedíquese al ajedrez. Y me inscribió en un campeonato nacional. Mas al percibir que yo dudaba de mis capacidades ajedrecísticas para contender contra docenas de rivales, añadió con una risita: “Acuérdese que José Raúl Capablanca fue campeón de Cuba a los doce años, de América a los veintiuno y del mundo a los veintitrés, a usted ya se le hizo tarde. Solamente tiene que ponerse a estudiar ciertas partidas memorables, aprender aperturas y finales”.

Seguí su consejo y en la eliminatoria jugué dos partidas. Pero al sentir que me faltaban fuerzas para escribir, le dije: “Maestro, me retiro de la competencia”. “Cómo que se retira, si apenas comienza”. “Prefiero la poesía”. “Al menos participe en los torneos que voy a hacer. No puede fallar. Pronto vendrá Dávila, campeón de Centroamérica, y usted se le enfrentará”. “Bueno”, asentí y se mostró satisfecho, pues en la organización de torneos y en las veladas de ajedrez tanto en lugares públicos como en su casa era gran animador y ponía la misma pasión que en editar libros y escribir cuentos. Tras Dávila vinieron a jugar algunos pesos pesados, como el campeón nacional Alfonso Ferriz y un catalán de apellido

Ventosa, contra quienes Arreola me sentó al tablero. Ventosa era bastante iracundo cuando perdía y una noche que le anuncié mate en cuatro se burló, pero cuando se lo dí me quiso pegar con el rey. Otros jugadores hablaban de música durante las partidas, como Uwe Fischer, quien en el tocadiscos de Arreola ponía a todo volumen a Anton Bruchner, dando manotazos al aire por la excitación.

Otros eran truculentos, como Guillermo Rousset, traductor de Ezra Pound, quien se decía había matado a un hombre al dispararle a través de la puerta. Le compraba a Arreola sus libros cuando estaba en apuros y se los vendía más caros en tiempos de prosperidad. Ricardo Guerra, profesor de la Facultad de Filosofía de la UNAM y marido de la escritora Rosario Castellanos, cuando perdía aventaba las piezas sobre la mesa. Lo interesante es que cada noche se mezclaban vendedores de libros como Marianito, y autores jóvenes de ambos sexos que venían con un texto en el bolsillo esperando lograr la atención (o distracción del tablero) de Arreola unos minutos. Una de las presencias más constantes eran los hermanos Lizalde, Luis y Eduardo, y ajedrecistas como José Antonio Camargo, un fanático de José Ortega y Gasset y posible padre del hijo de Pita Amor. Las tertulias lúdicas llegaban hasta las primeras horas de la madrugada, o terminaban abruptamente cuando Arreola empezaba a dar muestras nerviosas de querer estar solo.

Por esta pasión por el juego, no fue extraño que en 1962 promoviera la gira por México de Tigran Petrosian, campeón mundial de ajedrez, y de Paul Kerres, subcampeón. Mientras los campeones jugaban más de cuarenta tableros en simultáneas, Arreola, que había tumbado su rey sobre el tablero a las primeras de cambio frente a Petrosian, supervisaba el juego de aquellos que aún resistían los embates de los grandes maestros. Mas su orgullo fue enorme cuando acompañó a Petrosian a Teotihuacan y lo vio ascender la pirámide del Sol. “¿No subió usted con él, maestro?”, se le preguntó. Con ojos angustiados se me quedó mirando, y dijo: “De ninguna manera, me quedé en el suelo exhasuto con sólo verlo subir”. Esa respuesta bastó. Arreola era conocido entre nosotros tanto por sus agorafobias y claustrofobias como por sus cuentos y su arrebatada elocuencia. Aquellas le provocaban miedos incontrolables y hasta situaciones cómicas en ascensores y cuartos cerrados, llegando una noche hasta el grado de meter debajo del tálamo amoroso a un amigo para que saliera a rescatarlo en caso de que sufriera un ataque de pánico. El mismo Arreola recordaría más tarde que en la casa que construyó su padre, con un techo que estaba a seis metros de altura, él se acostaría en el piso, de espaldas y, con las piernas en la pared, formando con el cuerpo una especie de es-

cuadra. “Fue por esos días cuando comencé a sentir el principio del vértigo, del que tanto he sufrido y al que tanto temo pero, debo confesar, a ese miedo se unía cierta voluptuosidad. Ésas fueron mis infinitudes hacia arriba, cuando contemplaba el cielorraso de las habitaciones. Lo hice después al aire libre: tenderme en el suelo para contemplar el cielo”.

Por esos años, la Universidad Nacional Autónoma de México mandó a Arreola a varios licenciados desocupados para que les diera alguna chamba o tarea. El maestro al principio se angustió mucho pensando en cómo podía ocupar a todos esos leguleyos pomposos y trajeados.

Pe ro el ro s t r o se le iluminó cuando empezó a preguntarle si sabían jugar ajedrez. A los que respondieron que sí, los citó a venir la tarde siguiente a las cinco. A aquellos que le dijeron que no, los despachó con una sonrisa excusándose por no poder emplearlos. Los licenciados vinieron puntualmente a jugar contra nosotros y Arreola organizó torneos con ellos, con reloj al lado y papel para apuntar las partidas. Lo único que llegó a perturbarlo bastante, pues Arreola era muy estricto en las reglas, es que uno de ellos de apellido Molina moviera a veces el caballo como alfil y se comiera las piezas de sus contrincantes de forma extraña. “Esa jugada, señor licenciado, me parece inexplicable, es una trampa”, Arreola lo confrontaba cuando le habían quitado la reina sin que se hubiese descuidado. Otra de las reglas que repetidamente le recordaba al dicho licenciado era: “Pieza tocada, pieza movida”. Así que por esos días el maestro llegó a sentar bajo el mismo techo de la Casa del Lago a poetas y licenciados en torneos que empezaban, terminaban y volvían a empezar como si el mundo girara en torno de una múltiple partida de ajedrez.

Pero mientras jugaba, Arreola no dejaba de evocar a ajedrecistas de todas las épocas y estilos, como a Filidor, Ruy López, Paul Morphy, Raúl Capablanca, Alexander Alekhine, Emanuel Lasker y Mikhail Botvinnik, y de decir versos de poetas de García Lorca, Pablo Neruda o Ramón López Velarde:

Fuensanta:  
dame todas las lágrimas del mar.  
Mis ojos están secos y yo sufro  
unas inmensas ganas de llorar.

Por cierto, el soneto que él y otros jugadores citaban con más frecuencia era “Ajedrez” de Jorge Luis Borges:

En su grave rincón, los jugadores  
rigen las lentas piezas. El tablero  
los demora hasta el alba en su severo  
ámbito en que se odian dos colores.

Durante esos años lúdicos en los que Arreola publicó el *Confabulario total* (1961), que incluían las secciones “Prosodia”, “Bestiario” y la obra de teatro *La hora de todos*, y concibió *La feria* (1963), todavía lo veo redondear delante del tablero de ajedrez tramas y frases que poco a poco se convertirían en textos literarios de un acabado impecable y en máquinas verbales perfectas, como debe ser una buena partida de ajedrez. A veces, riéndose delante de los licenciados por los hallazgos de su propio ingenio, como en el “Homenaje a Otto Weiniger”, profería:

Al rayo del sol, la sarna es insoportable...  
Como a buen romántico, la vida se me fue  
detrás de una perra.

Esa época dorada de poesía y juego de la Casa del Lago ahora tratan de recuperarla su nuevo director, José Luis Paredes “Pacho”, y su nueva subdirectora, Myrna Ortega, ofreciendo los equivalentes poéticos, musicales y ajedrecísticos de nuestro tiempo al público actual. Ya hemos tenido la visita de la gran maestra internacional de ajedrez, la húngara Susan Polgar, y este mes de febrero jugará simultáneas en ese recinto universitario el campeón mundial de ajedrez, el búlgaro Veselin Topalov. Con el beneplácito fantasmal de Juan José Arreola, la serpiente lúdica se muerde la cola. **U**



Juan José Arreola y Gastón Melo en lectura de poesía



Club de Ajedrez fundado por Juan José Arreola en Casa del Lago